Ernesto Schoo

EL TANGO DEL PARAÍSO

PRE-TEXTOS
NARRATIVA

Reunido el 29 de junio de 2013 el jurado del Premio Juan March Cencillo de Novela Breve, formado por don Manuel Borrás, don Fernando G. Corugedo –en calidad de secretario–, don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop –en calidad de presidente–, decidió otorgar, por mayoría, la XXI edición de este premio a la novela *El tango del paraíso*, de la que resultó ser su autor el escritor argentino don Ernesto Schoo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Esclavo*, de Michelangelo Buonarroti

1ª edición: febrero de 2014

© Herederos de Ernesto Schoo, 2014
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2014
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www-pre-textos.com

en coedición con:
FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-15576-94-5
DEPÓSITO LEGAL: V-128-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

I

LA TROYA

NO son, no deben ser lágrimas. Es el sudor condensado en las pestañas ralas, son las flechas del sol de enero lanzadas contra la superficie aceitosa del río y rebotadas hacia los ojos diminutos, cansados, de la Troya. Apenas las ocho de la mañana y ya no se aguantan la humedad, el tacto pegajoso, el olor vomitado por los frigoríficos y el que brota de la masa viscosa que lame la ribera y que fue agua un día. Con el dorso de una mano cargada de anillos, la Troya se seca los ojos perdidos en una costra de pintura negra, verde, violeta, pegoteada a una maraña de arrugas. Es sudor. No pueden ser lágrimas. Nadie vio llorar a la Troya, jamás. Ni los más viejos de la Isla logran recordar cuándo llegó. Siempre estuvo. Una presencia eterna, gorda, maloliente. Huele mal, por más litros de perfumes carísimos que se vuelque encima. Fatal, como una montaña, o un aerolito. Acaso no provenga de la tierra, cayó de otra parte y encajó exactamente dentro de la mecedo-

ra que contiene su corpachón desmedido, a punto de derretirse. Se queja el mimbre por la masa que lo agobia; se queja en sueños uno de los perros tirados en el suelo de la galería, a los pies de la Troya, que de un puntapié lo remite, aullando, al otro extremo.

Dicen los viejos de la Isla que la Troya nunca se ha cambiado de ropa; superpone prendas hasta adquirir ese aspecto de fardo mal hecho. Tampoco, insisten, ha mudado el pañuelo de la cabeza, ceñido a la manera gitana y sujeto con una piedra verde, debajo del cual ocultaría la calvicie, o las huellas de una enfermedad repugnante. Ni se lava la cara: vuelve a pintarse sobre lo ya pintado. Las capas de afeites dan a su máscara la apariencia de una pared rugosa y descascarada de la que sobresale la boca, de un escarlata rabioso, inverosímil. Del belfo cuelga un toscano eterno, trasladado sin cesar, mediante un vértigo de arrugas, de una comisura a la otra, como si la Troya lo masticara en vez de fumarlo. La ida y vuelta del toscano es lenta, en esta mañana de enero de 1927, cuando la Troya siente picazón en los ojos –no son lágrimas, es el sudor, el sol, hasta cansancio, tal vez– y un barreno de fuego en la nuca, en las sienes. No va a enfermarse ahora, no ha conocido enfermedades ni desalientos en sus ¿cuántos años?: setenta y pico, ochenta, vaya a saber y qué importa. Menos aún cuando la vidente le auguró un acontecimiento muy especial en 1927, algo que le cambiará la

vida. ¿Qué puede cambiar su vida, a estas alturas? La respuesta podría ser alarmante, mejor no volcarla en palabras, mejor desterrarla al fondo, bien al fondo. Allí donde, no sabe por qué, ni cómo, se encuentra con la imagen obsesiva de un sueño reiterado en los últimos días, semanas tal vez o meses. En el sueño vuelve a su aldea natal, cuando la Troya no levantaba ni un metro del suelo, su cabeza desbordaba rizos negros y vestía, en cumplimiento de una promesa materna si se salvaba del tifus, el hábito del santo patrono del lugar. Todo los días al alba, con frío o calor, con nieve o con el viento que incendiaba las costas del sur, su madre arrancaba a la Troya del sueño, le ponía el hábito y ambas figuras, encorvadas, vacilantes, a rastras la criatura aún dormida, trepaban por la colina rumbo a la iglesia. La promesa estipulaba un rosario tempranero, a diario. Mientras su boca repetía frases incomprensibles, los ojos de la Troya recorrían una visión del «Paraíso» desplegada siglos atrás por un pintor trashumante en el arco sobre el altar. El fresco le provocaba un éxtasis que la madre, conmovida, tomaba por devoción. El murmullo de las beatas, el fulgor oscilante de los cirios, el intenso frío o el intenso calor, el resoplido manso del armonio inducían a la somnolencia. El pintor había juntado plantas y animales de todos los climas, de todas las botánicas y zoologías conocidas en su tiempo. El interés de la Troya iba a la pareja primera, Adán y Eva,

mirándose mientras la serpiente se desenroscaba tronco abajo del árbol famoso, con pérfida sonrisa humana. Por más que el artista se había esmerado en fomentar una púdica vegetación escondedora, y aunque las figuras parecieran de madera, la Troya sentía un cosquilleo creciente entre las piernas. Sabía ya, conocía bien lo que hojas y frutas procuraban ocultar con mayor empeño que sus padres, hermanos y vecinos en el trámite cotidiano de aliviar necesidades, vestirse y desvestirse, bañarse desnudos en el río y ostentar, por burla, lo vedado.

Los chicos de la aldea aprendían así, desde muy temprano, todo lo que había que saber. Y trataban de practicarlo con el mismo desenfado que sus mayores, hacinados de noche en habitaciones exiguas, menos cómodas que establos. Pero más que Adán y Eva, con sus reticentes ofrendas, atraía a la Troya otro rincón de la pintura. Allí se abría la boca del infierno de la que brotaban, entre llamas y volutas de humo, los demonios. Seres de fealdad atroz y sorprendente anatomía: allí donde los humanos declaran su condición masculina o femenina, los demonios prodigaban bocas con dientes afilados, lenguas escamosas, excrecencias repugnantes. Con este arsenal devoraban, trituraban, desgarraban con evidente delicia a los pecadores. Hombres y mujeres a los que, tal vez por hallarse en un rincón sombrío de la pintura, el artista había dotado, a ellos sí,

de sexos inequívocos y hasta ostentosos. Al llegar allí su mirada, la excitación de la Troya crecía. Los cuerpos torturados le despertaban unas ansias a esa edad inexplicables, pero que reconocía pecaminosas porque la incitaban a tocarse, a restregarse. Por lo general se orinaba encima. Consternación materna y de las beatas, coscorrones, augurios de castigo eterno. En el sueño se le aparecía la pintura aquella con tanta claridad, no a la altura del arco de la iglesia sino a la de sus ojos, que podía estirar la mano para tocarla. Si lo hacía, si tocaba los cuerpos arracimados y mordidos, la espada de fuego del arcángel que esperaba su turno detrás de unos arbustos, a un costado (Adán y Eva no podían verlo, no imaginaban la reacción del dios ofendido), la enviaría, con una quemadura indeleble entre los muslos, allá abajo. La condena eterna. El antiguo miedo, tanto tiempo olvidado, acechaba así el poco dormir que conciliaba últimamente.

El río está a unos pasos de la galería. Lame el barro de la ribera, lo deshace poco a poco. «¿Esto, un río?», se pregunta la Troya. Atravesó el mal sueño de siempre, despertó en un grito, salió a tomar aire a la galería y se encontró de nuevo con el implacable verano porteño, la humedad colgada de una luz blanca, la visión borrosa, detrás de una curva de la costa, de las torres y las cúpulas del centro. Ni siquiera el agua es agua, es una sustancia espesa, maloliente, en la que flo-

tan porquerías. Tampoco es un mar, el verdadero mar quedó allá lejos, azul y cristalino, tibio. A éste lo llamaron mar Dulce, pero el que bebe este líquido se muere. A veces se pone bravo y sube casi hasta la galería, por eso el chalecito se alza sobre pilotes. La Troya tomó precauciones, no como la mayoría de sus vecinos de la Isla Maciel, pobres desgraciados, el agua se lleva las casillas de chapa y tablones, todo lo que tienen, hasta los perros, o a los chicos; «después vienen a pedir ayuda, ma qué ayuda, bien que me odian, de vez en cuando les tiro algo, o saco a alguno de la cárcel, para eso tengo amigos. Pensar que yo también empecé con la casilla de chapas, pero la puse bien arriba, en la lomita, después el negocio caminó y pude edificar de material, de a poco; quedó un poco raro cuando se juntaron todas las piezas distintas, con corredores y galerías, pero por eso me gusta, es como yo, como pedazos diferentes de muchas personas. Yo, la Troya, la reina del Dock. El chalecito es mi palacio. Y esta parte quedó muy bien, la sala con el piano, mi dormitorio, mi cuarto de baño, la galería, un chiche. ¿Por qué me duele la cabeza, entonces, por qué tengo pensamientos tan negros?». Miedo. La palabra *miedo* le crece dentro como si algo que comió le hubiera caído mal. «Yo, la Troya, nunca tuve miedo a nada, a nadie, se lo pueden preguntar a cualquiera por toda la costa, desde Quilmes hasta San Fernando y más arriba todavía, un nombre

respetado el mío, temido. Pero este año 27, no sé por qué, apenas ha empezado y siento que viene mal, me va a pasar algo importante, me dijo la bruja, y sin embargo me dio un gualicho, un talismán, por algo sería, lo tiré en el agujero de la letrina, no necesito talismanes, pero me arrepentí y le pedí otro, no quiso dármelo, es un mal augurio. Debe de ser la bruja, que me ha echado la yetatura porque me reí cuando me lo dijo. ¿Por qué tendría que pasarme algo malo?, vamos a ver, el negocio marcha, tengo amigos en todas partes, y muy arriba. Amigos, bah, gente que me debe favores, cosas que sé y que me guardo para mí, saben que mientras cumplan conmigo yo seré una tumba. Mierda, por qué la palabra tumba, cruz diablo dicen los criollos, hay palabras que no se deben usar, las palabras hacen sombra, ni que fueran personas. Bruja de mierda, yo salí de la mierda, supe cómo hacerlo. Mi cuerpo era lindo, tan lindo que a los diez, once años los artistas me llevaban al taller para posar, para sacarme fotografías y para otras cosas. Me pagaban, yo los obligaba a pagar o contaba lo que me hacían. Mi piel, mi pelo, mi culo, los hombres se volvían locos, yo los volvía locos, sabía cómo, con la boca y la lengua y después, pero primero la plata, la guita, sin guita, nada. A veces alguno me gustaba de veras, pero nunca quise atarme, yo quería esto, la plata y el poder, la América es esto y lo conseguí, yo, la Troya, y me tienen miedo y eso es lo más

lindo de todo. Por eso me da rabia sentir miedo ahora, miedo de qué, bruja de mierda, se te va a dar en contra la yeta que me echaste, yo se cómo, la Troya sabe.»

Los siete perros se sacuden de pronto la modorra, alborotan junto a la puerta de la cocina, menean las colas. Es Radamés. Sale desnudo a la galería, chorreando agua, con una toalla sobre los hombros. Acaba de ducharse. Las noches de los sábados son siempre agitadas en el chalecito, hay tanta gente para atender, no da abasto con los pedidos. Y eso que anoche se limitó a tres, dos mujeres y un hombre. Ese señor tan fino, tan elegante, ya mayor, que usa peluca y a quien le da lo mismo cualquiera de las chicas con tal de que Radamés esté también en la cama con ellos, mostrándose. El señor mayor nunca lo ha tocado, simplemente lo mira todo el tiempo y pretende que goce al unísono con él. «Es de la única manera que puedo», le dice luego, convidándole a un cigarrillo egipcio. Lo ha bautizado «la Máscara de Obsidiana». «¿Qué es la obsidiana?», pregunta Radamés. «Una sustancia volcánica que al enfriarse se vuelve como de vidrio, oscuro, durísimo y liso, como vos, como tu piel.»

Los rasgos aindiados del muchacho se prestan a la comparación, la cara impávida aun en el goce, los pómulos altos, los ojos rasgados, imprevistamente azules. Y la piel, la piel que las mujeres le envidian. Mien-

tras se viste, el señor elegante prosigue la lección: «Los indios de América hacían con obsidiana esculturas y armas, hachas, puñales para los sacrificios humanos, máscaras...». Radamés se siente halagado, su madre era india, nunca le dijo de qué lugar de la Argentina, pero era alta, esbelta y, pese a la constante expresión de agravio reconcentrado, muy bella, aunque se avejentó muy pronto. Su padre, un albañil italiano (a él le debe los ojos), amante de la ópera, murió prematuramente al caer de un andamio mientras trabajaba en la obra del nuevo teatro Colón, el de plaza Lavalle.

Radamés está muy cansado, muerto de sueño. Tumbado de espaldas en la cama, mira el humo del cigarrillo; oye apenas la charla de su cliente, que termina de acicalarse. Le está agradecido de que lo haya comparado con una piedra; así querría, así quiere ser: duro, fuerte e indestructible, como una roca.

Muchos años después, a orillas del mar del Norte, habrá aprendido que el mar deshace hasta las rocas más sólidas, valiéndose no sólo de su fuerza sino, sobre todo, del tiempo. El tiempo viejo, que todo destruye.

Tal vez la insidia del tiempo empezó a roerte a vos también precisamente en esa noche de sábado, o esa madrugada del domingo, en que el señor elegante te explicó qué era la obsidiana y vos, que fumabas tirado en la cama, de pronto redondeaste un pensamien-

to, algo que te ocurría muy de vez en cuando y tras un arduo proceso de concentración, casi doloroso, porque no estabas acostumbrado. Y el pensamiento te sobresaltó tanto que te alzaste como impelido por un elástico, y el señor, que ya se iba y estaba dejando unos billetes en la mesa de luz, también se asustó: «¿Qué te pasa, te sentís mal?». «No», respondiste, y era la verdad, y fue como si la voz de otro surgiera de tu interior sin que pudieras impedirlo, «me siento viejo.» El señor se quedó atónito, por un instante pareció que iba a enojarse por la impertinencia, pero la pasó por alto y prefirió reírse, no de muy buena gana: «¿Viejo vos? ¡Qué diré yo, entonces!». No supiste qué decirle. Él, cosa rara, te miró a los ojos, pareció que iba a ponerte una mano en un hombro pero se contuvo, siguió mirándote fijo: «Pero ¿cuántos años tenés, veinte, veintidós? ¿O es que vos y esa gallega puta me están engañando?», «Veinticuatro», le contestaste. Y, cosa no menos rara, porque te gustaba mostrarte, manoteaste la colcha y te cubriste de la cintura para abajo; por primera vez (eso lo pensaste más tarde) estar desnudo ante un cliente pero hablando de otras cosas que no fueran de puterío te avergonzó, y eso (seguiste pensando después) también era raro. Algo estaba cambiando, ¿dentro, o fuera de vos?

El señor mayor no despegaba sus ojos de los tuyos, tu incomodidad ya se convertía en urgencia de orinar,

de irte a tu pieza, de lavarte y vestirte, y dormir, dormir mucho. «Escuchame», te dijo, «creo que en el fondo sos una buena persona, me consta que no andás en la droga, ni en otras porquerías de esa tana podrida, lo que hacés con tu cuerpo es cosa tuya, lo único que te aconsejo, si me permitís, es que te cuides mucho, no me refiero al trabajo que hacés aquí, y lo hacés muy bien, debo decirlo, sino que en cuanto puedas, andate, largala a la Troya, sé que es como tu madre, pero ya es hora de volar del nido. Si estás pensando instalarte por tu cuenta, o dedicarte en serio a algo, aunque sea otra cosa, y yo seré el primero en lamentarlo, contá conmigo, no te olvidés.» Y se fue, por fin, dejándote más confundido que antes.

No es que te disguste tu trabajo. Entre hombrear bolsas en el puerto, o empedrar calles –has hecho ambas cosas, conocés la cara hostil de la ciudad de las avenidas y los palacios–, y desnudarte para dar goce y gozar, a veces, vos mismo, la elección siempre estuvo clara.

La Troya estaba en el gallinero, dando de comer a las aves. Bostezabas. Tardaste en advertir la enorme caja de la que extraía algo a puñados, un polvo sin color, que se arremolinaba en el aire y caía a tierra mezclado con los granos de maíz. Entonces te vio de lejos, asomado a la galería, y se puso a chillar increpándote

con un puño: «¡Hijo de una gran puta! ¿Cuántas veces te he dicho que no andes por ahí en pelotas fuera de las horas de laburo? ¡Cubrite en mi presencia, respetame, carajo! Seguro que me pusiste a la miseria el piso de la sala, ahora va y lo seca usté, ¡qué joder! Y tápese de una vez, indecente».

Te ceñiste la toalla a la cintura y te quedaste ahí, paralizado. Porque entendiste lo que estaba pasando.

Recordabas cuando la Troya te mostró la casa por primera vez. «Sí, ya sé que por ahí le llaman la Telaraña, mirá vos, y otros se ríen porque dicen que hay una novela, *La Casa de la Troya*, trata de una casa de pensión, pero parece que es muy distinta de ésta. Para mí, es el chalecito, así quiero que le digan.» La casa olía a humedad y a una mezcla de humo frío de cigarro, el eterno cigarro colgado de esa boca que era como una herida abierta, con un perfume insidioso. Te olvidaste de los olores cuando la Troya abrió la puerta de la que llamaba su salita y te inundó la marea roja del empapelado, el oro refulgente de los muebles, las lámparas con flecos de perlas de vidrio, los almohadones con lazos de seda, la enorme muñeca entronizada en el sofá, los cristales de colores en las vitrinas, el mantón de Manila sobre el piano, las plumas teñidas de las cortaderas en los jarrones chinos, las figuritas de porcelana, los cuadros con mujeres desnudas y otros con vacas sedientas. La gira incluyó el dormitorio, la cama

inmensa como un galeón, el baldaquino, sobre la cómoda una réplica a escala del *David* de Miguel Ángel como hecha en miga de pan. Y en el estante superior del vasto ropero funerario, una gran caja de madera oscura, lustrosa, cubierta por una carpeta blanca con puntillas. Allí están, le informa la Troya, las cenizas de sus padres y hermanos, se las trajo de Europa un pariente en una caja de zapatos para pasarlas por la aduana, la Troya las hizo poner en la urna de roble lustrado y las guarda ahí porque ni piensa gastar en un nicho, «cenizas de malas personas, me hicieron la vida imposible, fue una ocurrencia del pariente, nadie se lo pidió, él pensó que correspondía, mierda tenía en la cabeza, pero yo qué iba a hacer, ahí están, cuando me muera que hagan lo que quieran».

El oído finísimo de la Troya capta tu grito sofocado, «¿Qué estás haciendo?». «Ma si, qué tanto, ya me cansaron estos hijos de una gran puta. Me echaron de mi casa, por eso me vine a América, y todos estos años debí guardar esta porquería en mi ropero, esta caja de mierda que me trae mala suerte, a quién le importa, que se la coman las gallinas, así al menos sirve para algo.»

Recordaste todo lo que te contaron sobre la Troya. Que en sus primeros tiempos en la Isla, seducía a marineros, se los llevaba a la casilla de chapas donde empezó el chalecito, los emborrachaba y los degollaba para

robarles. Los enterraba ahí nomás, cerca de la costa, el río y los peces se encargaban del resto, quién iba a preocuparse por ellos, suelen desertar en cualquier puerto, son vagabundos, fugitivos. Líos con putas y macrós en los bares, en los quilombos; peleas entre ellos, o con la policía. El barco debe zarpar a la mañana siguiente, quién reclamará a los que no se presentan, siempre se alista alguien en reemplazo.

El calor de enero es agobiante. La caja vacía se hunde lentamente en la masa correosa que finge ser un río. La Troya ha vuelto a sentarse en la mecedora; un perro a sus pies se espanta una mosca agitando el rabo.